

La Unión Europea arrastrada a una crisis de dislocación

Por Marc Lacaze

En el momento en el que se escribe este artículo, se aproxima a su desenlace el “folletín griego” –usando el término despectivo utilizado por el periódico *Le Monde*–, que ha ocupado la primera línea de la escena europea estas últimas semanas.

Llega a su fin el “pulso”, escenificado para tener en vilo a todos los pueblos de Europa e intentar convencerles de los límites que no pueden cruzarse en una confrontación como ésta, en la que se enfrentan los “acreedores” y los representantes del gobierno Tsipras.

En vísperas del G7 (7 y 8 de junio en Baviera), los representantes de las siete principales potencias económicas mundiales han presionado a los dirigentes europeos para que lleguen a un “compromiso” antes de este plazo, a fin de que puedan consagrar sus discusiones a las decisiones a tomar con toda urgencia ante las amenazas que pesan sobre todo el sistema financiero mundial.

Larry Summers, ex secretario del Tesoro estadounidense, se ha invitado al debate. El 4 de junio declaró (*Les Echos*):

“No debemos pensar que la económica europea se ha recuperado. Se beneficia sobre todo de los precios bajos del petróleo y de la adrenalina generada por una divisa que se ha debilitado [...]. Una salida de Grecia sería simplemente catastrófica para la economía griega y supondría verdaderos riesgos tanto para la economía europea como para la economía global [...]. Hay que recordar que los problemas del fondo especulativo LTCM hicieron correr un riesgo grave al sistema bancario internacional, y que la crisis de las “subprime” acabó con la caída de Lehman Brothers. Es como tirar del hilo de un jersey que se deshace poco a poco. Autorizar un “Grexit” [salida de Grecia del euro - N. del T.] equivaldría a tirar del hilo.”

En el “folletín” por entregas que ha tenido a Europa en vilo, cada uno ha desempeñado su papel.

Por el lado de los “acreedores” –nombre que se ha dado a los representantes del capital financiero– el FMI (Fondo Monetario Internacional) ha desplegado “la inflexibilidad” que los grandes de este mundo esperaban de él. Una inflexibilidad que se supone le viene impuesta por el deber de no violar las reglas a las que somete, en todos los continentes, a todos los países que, para “beneficiarse de su ayuda”, deben sufrir los efectos devastadores de sus planes de ajuste, como muestran los cientos de miles de “condenados de la tierra” que intentan atravesar el Mediterráneo poniendo en peligro su vida.

El BCE (Banco Central Europeo) ha seguido sus pasos, aterrorizado por las reacciones imprevisibles de los “mercados” ante la amenaza de una quiebra del Estado griego, y por la magnitud de las pérdidas que tal quiebra le acarrearía.

Por el lado de los pesos pesados de la Unión Europea, Angela Merkel ha manifestado, como era de esperar, una ortodoxia que disimula mal las auténticas razones de su actitud. Mal que les pese a quienes ven en la política de la Unión Europea la expresión de la dominación insolente del imperialismo alemán, a Merkel la guía el temor a la revuelta que, en esta situación de brusca desaceleración del crecimiento alemán, ruge en el seno de su propio partido. Un temor acrecentado por la incertidumbre de lo que podría ocurrir en el Bundestag, al que tiene obligación de someter toda decisión de conceder una nueva ayuda a Grecia.

Hollande, tan feliz de representar en el exterior un papel que hace cada vez peor en su propia casa, ha seguido los pasos de Merkel, para poder mostrarse, con el inenarrable comisario Moscovici, en el campo de los ortodoxos, con el fin de obtener el beneplácito de la Comisión Europea, que está examinando el plan que le ha entregado su gobierno.

Juncker, presidente de la Comisión Europea, se ha colado en el papel de “negociador de la última oportunidad”, preocupado ante todo por salvar la cohesión de una zona euro amenazada de implosión

En cuanto a Tsipras, el Primer Ministro llevado al poder en Grecia en las elecciones del 25 de enero pasado, marcadas por la expresión de un inmenso rechazo del Memorándum y de la troica, se ha afirmado en la última arremetida de este “pulso” como el adversario más resuelto de *“la estrategia (de las instituciones de la Unión Europea) que inaugura un proceso de incertidumbre económica y política que podría transformar completamente los equilibrios en el conjunto del mundo occidental”*. Su ministro delegado en la Función Pública, Katugalos, explicó lo que quería decir precisando que se pronunciaba contra todas las *“soluciones poco razonables”* y contra todo *“aventurismo que desestabilizase la zona euro con consecuencias imprevisibles”*. Tsipras ha llegado a detallar, en la tribuna que publicó el 31 de mayo en el periódico *Le Monde*, las concesiones a las que estaba dispuesto, tanto en las privatizaciones como en el tema caliente de las prejubilaciones.

A pocos días de la fecha fatídica del 5 de junio, en la que Grecia debía reembolsar una primera entrega de 300 millones al FMI, los principales protagonistas hacían declaraciones mostrándose milagrosamente “confiados” en su capacidad para alcanzar un “compromiso”.

En resumen, la gigantesca partida de “póker mentiroso” que termina (lo que no quiere decir que no haya prolongaciones) se ha jugado entre dos interlocutores preocupados, ante todo, por no tirar del hilo que desharía el conjunto del dispositivo institucional de la Unión Europea.

Quiebre Grecia o no

Tanto si Grecia quiebra y se ve forzada a salir de la zona euro, como si se queda, el problema sigue existiendo. La zona euro no se va a salvar por esto, el castillo de naipes se está derrumbando, o, si se prefiere, el jersey se está deshaciendo.

La Unión Europea era el intento más serio, iniciado en los años 1950 bajo el patrocinio de los sectores dominantes del capital financiero estadounidense vencedores de la Segunda Guerra Mundial, de ofrecer a sus grupos un campo de expansión que no estuviera limitado por la fronteras de los viejos estados nacionales europeos. Era la tentativa de establecer instituciones supranacionales que impusiesen a los gobiernos de cada nación europea –con su consentimiento– la renuncia, en nombre del interés superior de la paz y la defensa de la civilización europea, a lo esencial de sus prerrogativas soberanas. Esta sumisión debía ser el gran instrumento del combate por destruir toda veleidad de ejercer la soberanía de los pueblos, como acaba de mostrar espectacularmente la forma en la que se ha tratado el voto del pueblo griego.

Es este dispositivo, víctima de las acometidas de los procesos violentos de la crisis mundial, lo que se está desintegrando ahora.

En el prefacio a la edición francesa de *La revolución permanente*, Trotski escribe:

“La evolución del capitalismo –si lo consideramos en su realidad histórica y no en las fórmulas abstractas del segundo tomo del Capital, que conservan sin embargo toda su importancia como fase del análisis– se ha hecho por absoluta necesidad mediante una extensión sistemática de su base. En el curso de su desarrollo y, como consecuencia, en el curso de la lucha contra sus propias contradicciones interiores, cada capitalismo nacional recurre cada vez más a las reservas del ‘mercado exterior’, es decir de la economía mundial. La irresistible expansión que engendra las crisis permanentes e internas del capitalismo constituye su fuerza progresiva, hasta que se convierte en mortal para él”.

Desde 1930 a la actualidad ha llovido mucho... los procesos de “la irresistible expansión del capitalismo” convertida en “mortal para él” que Trotski describía han tomado proporciones gigantescas. Las exigencias insaciables de los grupos capitalistas en posición dominante en todos los ámbitos de la actividad humana no respetan las fronteras nacionales ni los intereses nacionales, sobre todo en el momento en que se agrava la crisis de todo el sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción.

La OCI (por la reconstrucción de la IV Internacional) escribía en una declaración sobre el

discurso pronunciado por Nixon el 15 de agosto de 1971 anunciando que los Estados Unidos habían decidido emprender el camino de una vasta desreglamentación financiera a escala internacional, cuyas consecuencias son hoy de brutal actualidad:

“El capitalismo [norteamericano] ha ‘producido demasiadas mercancías de toda clase, también militares’. Esto ocurre en los EE UU como en los otros imperialismos. Todos los países a la vez han ‘exportado demasiado’, ‘importado demasiado’. [...] Las crisis monetarias y financieras que se suceden desde hace años acaban de estallar en una crisis de primer orden. Estas crisis solo tienen una causa: el mercado mundial no puede absorber las mercancías producidas, a pesar de la economía de armamento hay una sobreabundancia mundial de capitales en forma de mercancías y de medios de producción.”

Cuarenta y cinco años de desreglamentación de los mercados financieros ha vuelto a cada segmento del mercado mundial aún más íntimamente dependiente de la *“potente realidad independiente creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial”*. La presión dislocadora que se ejerce sobre las instituciones de la Unión Europea solo puede entenderse como expresión, en el continente europeo, de la crisis de todo el sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción, que plantea con más agudeza que nunca la necesidad de inscribir el combate de la clase obrera en Europa contra los dictados de la Unión Europea como un segmento del combate de la clase obrera mundial por su emancipación.

El significado de la cumbre de Riga

La cumbre de Riga (22 de mayo) marca la entrada en una nueva etapa. Oficialmente convocada para discutir la ampliación hacia el este de la Unión Europea, ha anunciado espectacularmente que renunciaba pura y simplemente a esta ambición.

Arrastrados en la espiral de la crisis que amenaza a la zona euro, aterrorizados por el anuncio de la Reserva Federal de los Estados Unidos de que contempla proceder a una subida anticipada de los tipos de interés, y por tanto angustiados por las consecuencias que tendría tal decisión en el plan iniciado por el BCE de inyectar en los mercados miles de millones de euros (recurso a la máquina de hacer billetes), los dirigentes de la Unión Europea han decidido no responder a la demanda que les habían hecho el FMI y los Estados Unidos de que rescatasen, en nombre de la “solidaridad europea” y del “mantenimiento del orden mundial” a los bancos ucranianos de su agujero abismal.

Desde la caída del muro y la reunificación alemana, la Unión Europea no ha cesado de proclamar su vocación de unir a toda Europa, empezando por los países de la antigua Europa del Este. Ahora renuncia a esas ambiciones, juzgándose incapaz de asumir el peso del rescate de Ucrania, tras la que se perfilan las siluetas de Bulgaria, Rumania... Juncker, Merkel, Hollande... han decidido presentar su renuncia como un acto político destinado a no “contrariar” a Putin, promovido así –por quienes constantemente propugnan sanciones contra él– al papel de elemento “estabilizador” del orden regional.

Con esa actitud, los dirigentes de la Unión Europea no han hecho más que calcar las oscilaciones de sus amos, el imperialismo estadounidense, que negocia con Irán, a la vez que alienta la coalición militar constituida en torno a Arabia Saudí, desencadenando la guerra y acentuando aún más el caos en todo el Oriente Medio.

Está cundiendo la preocupación por la amenaza de que el desarrollo de este caos pueda contaminar el núcleo de Europa. El periódico patronal *Les Echos* se alarma, evidentemente a su manera.

“Desde hace varios años –subraya– Europa lamentaba, desde fuera, la inestabilidad de ciertas zonas del mundo. La crisis palestina era un tema recurrente al que se añadió la implosión del mundo árabe-musulmán, mientras que otros focos de violencia étnico-mafiosos incendiaban por episodios varias regiones africanas del Este y del Oeste. Y ahora el Viejo Continente está a su vez amenazado. Es cierto que los conflictos armados no causan estragos como los de Siria, Iraq,

Somalia o, como el que amenaza de nuevo la región de los Grandes Lagos. Pero no hay que olvidar ni la terrible guerra civil serbobosnia de hace veinte años y que aún está latente en torno a fronteras improbables, ni las violencias separatistas que Ucrania no consigue apagar.

Pero ahora Europa ve cómo la inestabilidad gana terreno en su interior. Vacunada de los conflictos a gran escala por los 60 millones de muertos de su última guerra fratricida, Europa y las naciones que la componen se desahogan en el terreno político e institucional. El caso típico es el referéndum que la reina acaba de confirmar a propuesta de su Primer Ministro, que no ha encontrado nada mejor, o peor, para salir de las contradicciones atlántico-soberanistas que el Reino Unido arrastra desde su adhesión a la Comunidad Europea, en 1973. A esta iniciativa, que crea una pesada hipoteca sobre los dos o tres años próximos, se une la descomposición de fuerzas políticas que aseguraban la estabilidad institucional de varios grandes países miembros”.

El significado de la ofensiva iniciada por Cameron para reformar la Unión Europea

En efecto, en Riga no se abordó la ampliación de la Unión Europea hacia el Este de Europa, pero en cambio, Cameron y Tsipras fueron el centro de atención.

Tsipras se invitó, como hemos visto, para intentar convencer a Merkel y a Hollande de que realizasen el “compromiso” indispensable para salvar la zona euro... y el Estado griego.

En cuanto a Cameron, la ofensiva diplomática que ha emprendido para “renegociar” las relaciones del Reino Unido con las instituciones europeas y para reivindicar la “renacionalización” de cierto número de prerrogativas que los tratados asignan al ámbito de decisión comunitario, responde a una voluntad de controlar fenómenos de dislocación política que se han expresado en las elecciones legislativas, pero no se limita a esto.

En medio de la guerra que libran los principales grupos financieros por la dominación de los principales sectores de la economía mundial en un mercado amenazado de recesión, la City (uno de los principales centros financieros mundiales y una puerta de entrada a Europa para los bancos estadounidenses) afirma ante todo el mundo que, en este periodo de grandes incertidumbres, no piensa someter sus decisiones a ninguna “reglamentación europea” o a la burocracia de Bruselas. Herencia de su esplendor pasado, la industria financiera británica es tan dependiente (si no más) de sus relaciones con Wall Street, África y Asia como de la economía europea.

Las amenazas de Grexit y de Brexit, en los dos extremos opuestos del continente, hay que verlas como manifestación de la presión creciente de fuerzas centrífugas que operan desde Atenas a Londres pasando por Berlín y por París... en toda la Unión Europea.

En efecto, la Unión Europea no ha conseguido poner fin a la contradicción que la mina desde su creación. Por mucho que, por cuenta de los intereses dominantes del capital financiero internacional, haya pisoteado todas las prerrogativas esenciales del Estado nacional (cf. el referéndum de 2005), las supervivencias del pasado encarnadas en lo que queda del marco del Estado nacional siguen proporcionando puntos de apoyo a la resistencia a su política asesina, que se manifiesta en todos los ámbitos.

Porque las exigencias del mantenimiento del orden imperialista recaen aún en Europa en el instrumento de opresión (perfeccionado durante siglos por la burguesía) que representan los gobiernos nacionales, encargados de ejecutar las exigencias del capital financiero formuladas en los dictados de la Unión Europea. De ahí resulta que la resistencia de la clase obrera necesita converger para derrotar a esos mismos gobiernos nacionales, para forzarles a no aplicar los dictados de la Unión Europea y romper, en los hechos, con la Unión Europea y sus tratados.

El empeoramiento de la crisis que desgarrar las cumbres de la Unión Europea, alimentada por la resistencia creciente de los pueblos, empuja a su vez a esta resistencia a ampliarse y orientarse hacia un choque con gobiernos sin los cuales las directivas de Bruselas no tendrían ningún valor. Se acerca el rompimiento de una ola, alimentada por la crisis de descomposición

de las cumbres, que sobrepasará todo lo que hemos conocido con las huelgas generales griegas, españolas e italianas. Se dirigirá contra la política asesina de la Unión Europea, contra sus instituciones construidas por el capital financiero para ejercer su dictadura y condenar al continente al caos, y contra todos los instrumentos que les sirven, empezando por los gobiernos nacionales.

El combate en todas las formas por la “ruptura con la Unión Europea” debe ordenarse en torno del combate para ayudar a la clase obrera a unirse para derrotar a los gobiernos que son sus instrumentos, y obligarles, de hecho, a la “ruptura” abriendo a la clase obrera el camino para su intrusión revolucionaria en los fundamentos de la propiedad capitalista.

“Cambiar nuestro sueño europeo para salvarlo...” (Federica Mogherini)

El grito de alarma lanzado por Federica Mogherini (jefa de la diplomacia europea) el 25 de mayo, al día siguiente de las elecciones españolas y polacas, indica el atolladero en el que se hunde el dispositivo institucional encargado de imponer a los pueblos del continente la ley del capital financiero. Dice, con una insistencia que no forma parte del lenguaje diplomático:

“Lo que nos dicen los resultados de las elecciones presidenciales de Polonia y municipales de España, aunque de una forma totalmente diferente [...] es que es necesario cambiar nuestro sueño europeo si queremos salvarlo”

La jefa de la diplomacia europea sabe, como saben todos, que no existe ninguna posibilidad de “cambiar el sueño europeo”.

El hundimiento y la dislocación de los principales partidos políticos que han vertebrado desde la guerra (o desde la “transición democrática” en España) la vida política nacional es un fenómeno de gran importancia. En lo tocante a los partidos que se reclaman de la clase obrera y de la democracia (en diferente grado y en relación con los vínculos que continúan teniendo con el movimiento obrero de sus países), expresa el rechazo por las masas de la sumisión total de estos partidos al capital financiero, simbolizado por su subordinación a la Unión Europea. Y aunque el Partido Laborista y el Partido Socialdemócrata Alemán salen mejor parados que el PASOK griego y el PSOE español, todos están tocados.

Más fundamentalmente, el hundimiento de los partidos (tanto de derechas como de izquierdas) que han organizado la vida política desde hace más de medio siglo es expresión del atolladero en que se encuentran las representaciones políticas de toda las clases sociales en el marco del Estado nacional, maltratado y pisoteado por las exigencias de “reorganización” permanente (todavía más agudizada por la crisis) de los principales grupos capitalistas que deslocalizan, cierran y reestructuran, sin preocuparse por las consecuencias en la vida política nacional que, según ellos, está irremediamente superada.

La tentativa de constituir una coalición para “democratizar” la Unión Europea... para salvar a los gobiernos

Desde hace meses, en concreto en Francia, asistimos por parte de las direcciones del Partido Comunista Francés, del Partido de Izquierda o incluso de los “rebeldes” del Partido Socialista... al intento de ir hasta el final en la destrucción de toda noción de partido obrero (y aún más de partido revolucionario). Como si fuera necesario, a toda costa y con toda urgencia, privar a la potente ola de luchas de clase que se anuncia en todo el continente de toda expresión política independiente indispensable para el enfrentamiento con el poder político establecido. Ellos, que reivindican su pertenencia al bando del gobierno Hollande para combatir el peligro de la extrema derecha, invitan a los militantes decepcionados de los viejos partidos obreros tradicionales a inventar algo diferente y a fundirse con la sociedad civil para participar en la formación de un vasto frente de organizaciones europeas que toman como banderas a Syriza y a Podemos.

Parece que la cruel prueba del poder en Grecia debe desmentir esta perspectiva de unión de una “izquierda alternativa” y ofrecer la ocasión de una clarificación ante los trabajadores y

militantes con todos los partidarios de una “Unión Europea reformada y democratizada”.

En este contexto político de descomposición de los Estados y de todas las formaciones políticas que se han comprometido con el poder, a escala de todo el continente se abre un periodo de bruscos rebotes, en los que la clase obrera va a estar presionada, más que hasta hoy, a dirigirse prioritariamente hacia las organizaciones capaces de reunirlos en masa para organizar su lucha defensiva y plantar cara a la política de destrucción total de todas sus conquistas sociales y políticas, emprendida por el capital financiero.

En esta lucha defensiva se reconstruirán los vínculos de confianza de la vanguardia obrera en el partido que necesitan para ayudar a la clase obrera a resolver la cuestión del poder. Un partido que construirán ellos mismos, paso a paso, con ayuda de las secciones de la IV Internacional que en cada país –en formas específicas– batallen por la construcción del partido revolucionario con el método de la transición. Ninguna clase obrera –a pesar de los golpes sufridos– ha sido vencida, como lo habían sido las clases obreras antes de la guerra. Ni la clase obrera griega, ni la clase obrera española, ni ninguna otra.

Jamás fue tan grande la unidad de las cuestiones políticas planteadas a la clase obrera en toda Europa. Jamás se planteó así la cuestión del combate común, a escala de toda Europa, para abatir a gobiernos subordinados al capital financiero en descomposición y abrir camino a la reconstrucción del aparato productivo europeo por la clase obrera en el marco de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Este es el objeto de la discusión preparatoria en la conferencia de secciones europeas de la IV Internacional, que tendrá lugar los días 29 y 30 de agosto. En el centro de esta reunión está la cuestión de la convocatoria de una conferencia de militantes y cuadros obreros que combaten porque la clase se aúne con su propio plan, para afrontar y vencer a sus gobiernos respectivos, forzándoles a la ruptura efectiva con la Unión Europea.

Las secciones europeas de la IV Internacional se inspirarán en el método con el que Lenin, mientras la guerra asolaba el continente, abordaba la preparación (a cinco meses de la conferencia de Zimmerwald) de la reunión de los auténticos internacionalistas de los países beligerantes.

“En el curso de estos ocho meses de guerra –decía– todos los centros, grupos, tendencias y matices socialdemócratas han celebrado ya todo tipo de conferencias, según sus medios y sus deseos; ya han hecho ‘declaraciones’, es decir, han proclamado su opinión a los cuatro vientos. Hoy, la tarea es diferente, más próxima a los actos. Tenemos que mostrar más desconfianza hacia las declaraciones y conferencias para la galería, aportar más energía a la elaboración de repuestas y consejos bastante precisos, dirigidos a los periodistas, propagandistas, agitadores y a todos los obreros conscientes, para asegurar que estos consejos se entienden. Es necesaria más claridad y precisión en la movilización de fuerzas con la mirada puesta en el largo trabajo necesario para poner en práctica estos consejos” (1 de mayo de 1915).

Lenin, sin descartar ninguna posibilidad, ponía sin embargo el acento en superar una etapa en el necesario agrupamiento de los internacionalistas. Ponía el acento en las tareas más próximas a los actos y añadía un mes más tarde:

“La única política de ruptura real, y no solo verbal, de la ‘unión sagrada’ y de reconocimiento de la lucha de clases, es aquella en que proletariado aprovecha las dificultades de su gobierno y de su burguesía para derrocarlos. Y no se puede conseguir eso, no se puede actuar en ese sentido si no se desea la derrota de su gobierno, si no se contribuye a esta derrota.”

Los militantes de las secciones europeas de la IV Internacional, combatiendo por construir auténticos partidos obreros en cada uno de sus países, en formas adaptadas a las circunstancias políticas –con militantes obreros de todos los orígenes–, sabrán sacar provecho de este consejo y ganar en la preparación de esa conferencia a los militantes y cuadros que actúan concretamente por la derrota de su gobierno.